

## **AL OTRO LADO DE LOS MUROS Y ALAMBRADAS HAY SERES HUMANOS, HAY VIDA...TAMBIÉN ESTÁ DIOS**



*Norberto Otero, hijo de la caridad, capellán de cárcel, desde España, nos interpela con las palabras de Jesús:*

**“Estuve en la cárcel y vinieron a verme”.  
(Mt.25, 36), 1ª parte**

Hace ya 6 años me pidieron colaborar de capellán voluntario en un centro penitenciario. Para mí no era una realidad desconocida del todo, ya que había tenido que visitar muchas veces, estos centros para ver a muchachos del barrio o acompañar a sus familias.

De entrada, me atraía la idea de trabajar dentro, ya que lo que conocía me había llamado la atención y había visto muchas necesidades y siempre he pensado que la iglesia tenía mucho que hacer allí. Pero también te sobrecoge un poco la imagen que tienes de estos sitios, ya no es alguien concreto que vas a ver, que conoces, sino a mucha más gente desconocida, que no sabes lo que han hecho.

En los comienzos te impactan las medidas de seguridad, controles, el ruido de las puertas que se abren y cierran, alambradas, el ruido de los altavoces llamando a gente continuamente y los rostros. Cuánta gente, cuántos rostros desfigurados por la "mala vida", la droga, las mil y una historias. Cuántos rostros también con una sonrisa, gente que espera, a la que la pérdida de libertad no le ha quitado la esperanza. Y cuánto de

Dios encuentras allí dentro, no podía imaginar para cuanta gente la fe era su fuerza cada mañana al levantarse y era su sosiego y paz al acostarse. ¡Cuánta gente que habla con Dios! También hay gente amargada, machacados por la vida, que no esperan nada y desconfían de todo y de todos.

También resaltar la buena labor de muchos funcionarios que se esfuerzan por ayudar y facilitar las cosas un poco a los que están allí dentro. Hay detalles bonitos.

Este Centro Penitenciario tiene alrededor de 1800 internos, es un gran complejo penitenciario, como todos los construidos en los últimos años. Naves del mismo color, torre, muros de cemento y altas alambradas, lejos de las ciudades y en medio de una árida estepa.



Allí está nuestra “parroquia” nuestros “feligreses” donde intentamos desarrollar nuestra pastoral penitenciaria. Dos sacerdotes y un pequeño grupo de voluntarios intentamos hacer presente la Buena Noticia de un Dios que es Amor. Allí dentro las palabras del profeta Isaías que hace suyos Jesús resuenan en nuestros corazones cuando vamos entrando:

”El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor.” (Lc.4, 18-19)

No me gustaría caer en ciertos tópicos como “pobrecitos los presos” como si fueran angelitos, no, la mayoría están allí porque han hecho daño a otros y a sí mismos muchas veces. Es verdad que para algunos el entrar allí les ha quitado de momento de acabar tirados en la calle.

“¡Menos mal que me cogieron!”, dicen algunos, “porque si no habría muerto”. Hay que decir también que las prisiones son un poco el fracaso de esta sociedad y que no ayudan en general a una reinserción.

Dicho esto, compartir algunas experiencias que me van ayudando a tener unas convicciones en la pastoral y que me ayudan a ser cura hoy y a entender mejor muchas cosas del Evangelio.

“No juzguéis y no seréis juzgados”

La cárcel me está enseñando a no juzgar y por lo tanto a no condenar a nadie de antemano. Eduardo, 26 años, huérfano, después niño adoptado. Muerte temprana de los padres adoptivos, ninguna familia, la calle, sobrevivir, malas compañías. “¿Has sido alguna vez feliz?”, le pregunto. Y con lágrimas en los ojos me responde: “No conozco lo que es ser feliz padre, no recuerdo una etapa concreta donde me haya sentido feliz”.

Andrea, 36 años, un hijo vive con ella en prisión, tiene 2 años. Fuera tenía otros tres con su familia, uno de 12 años murió atropellado en el poblado donde vivía con los abuelos, a ella le comunicaron la noticia después de estar enterrado. Preparo con ella la misa por su hijo y me cuenta un poco de su historia: la violencia, las vejaciones de su primer compañero, el miedo, las presiones para delinquir. Sola con sus hijos y llena de miedo y con unos ojos que todavía reflejan el miedo, el dolor por la muerte de su hijo y una pregunta: “¿Por qué todo esto?”. (Continuará)